



LA CLÍNICA

(vista por quienes pasaron por ella)

FERDINANDO FREGA

**“Una clínica cura a los pacientes.
Una comunidad que cuida sostiene a las
personas.”**

I. La clínica

Recuerdo que mi madre contaba cómo, en los años sesenta, cuando estaba a punto de darme a luz, las clínicas eran pocas y el hospital era para los enfermos; así que eligió el mejor lugar que pudo para hacerlo: su propia casa, su propia cama.

Apenas nació había una mujer, la que llamaban la comadrona, y le dijo a mi madre que yo había salido bien — y que, si mi madre no me quería, ella me llevaría a su casa.

Mi madre la fulminó con la mirada. Pero quizá la comadrona no sabía que yo nunca pertenecería a una sola mujer, sino a todas las mujeres que encontraría; y veinte años después fui a su casa. Soy un hombre de palabra. No podía decepcionarla.

Este comienzo no es ironía literaria, ni una broma. Significa solo una cosa: la clínica, como lugar, es nueva. No nos viene de los egipcios, ni de los asirios o los babilonios. Es solo el producto de un sistema sanitario que ha hecho un comercio de la patología y una marca de sus fármacos.

Nunca pretendió reemplazar a los hospitales, que siguen siendo una institución; y sin embargo siempre ha llevado al paciente a creer que, pagando, podía tener más — lo mejor.

Algunos lugares cumplen una función. Otros se convierten en una posibilidad.

Fue el día en que se inauguró la clínica en mi ciudad: la primera de su tipo que podía ofrecer una lista completa, capaz de cubrir toda la medicina, al menos la básica — la medicina de la gente común, por así decirlo.

Se nombraron tres jefes médicos, los que debían construir la estructura sanitaria. Después de celebrar las entrevistas para contratar a los médicos, se encerraron en una sala para intercambiar sus pareceres sobre cómo hacer la selección.

Lo que sigue no lo cuento como verdad, sino como noir — me lo contó un grupo de médicos amigos recién jubilados del sistema sanitario italiano, que solían contárselo a los que estábamos en ventas para hacernos reír, y para hacernos saber que ellos también tenían sus historias.

Un relato que personalmente considero un cuento de patio, una de esas bromas amargas que los propios médicos solían contar de otros médicos — una raza extraña y peculiar, a la que ya no confiaría ni siquiera el cuidado de mi gato.

Lo dejo por escrito no como veredicto, sino como retrato de cuánta desconfianza había acumulado ya la gente común contra una medicina que ya no sentía suya.

Se contaba así. El mayor de los tres — un hombre que también había trabajado bajo el viejo régimen — dijo que explicaría cómo elegir a los nuevos médicos, según lo que llamaba el principio del número tres.

Si encuentras un médico que entiende mucho, mándalo a la medicina general: allí, con la experiencia, responderá él solo a la mayoría de las preguntas.

Si encuentras a los intermedios, capaces pero no brillantes, ponlos en los quirófanos: así, cuando abran, verán lo que encuentren y aprenderán a arreglarlo.

Y a los que entienden poco, o que llegan recomendados por los partidos y las listas de colocación, dales las tareas donde — según seguía la broma cruel — se deja que la naturaleza haga casi todo el trabajo en su lugar.

Esa era la versión de patio, por supuesto. Y como todo cuento de patio, dice menos de los médicos que de quienes lo contaban: de la poca fe que les quedaba.

Y así nació la clínica. Su verdadera experiencia la hicieron los pacientes; y solo los vivos hablaban de ella — los que habían tenido fortuna, no los tocados por la desgracia. Y cuando todo se torció para peor, la clínica del Norte — de cualquier nación — representaba la parte mejor: porque el Norte siempre ha evocado riqueza e industria, y allí pagar por la atención da la impresión de que es mejor.

Luego se cerraron los manicomios judiciales, y nacieron las clínicas psiquiátricas — más tarde reconvertidas hacia las enfermedades neurológicas. Ya no se trataba solo a los locos certificados, sino también a otras patologías.

II. Epílogo

Una clínica es un edificio. Una comunidad que cuida es algo más.

III. Página del autor

Esta obra no fue encargada.

No fue vendida.

No fue hecha con fines comerciales.

Fue escrita para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico, no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.